



REVISTA

MONTEVIDEO, DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 1984



JULIO C. DA ROSA

**EL HOMBRE,
EL ESCRITOR,
EL CAMPESINO**

No es porque si que Julio C. Da Rosa, escritor único en su género, profundo admirador de Morosoli, viva frente a la jaula de los osos en el Zoológico. El autor de "Buscabichos" los sigue buscando, como también sigue sintiendo esas, sus raíces telúricas, y ese desarraigo hondo, leit motiv de sus libros, de sus cuentos y ¿porqué no?, de su propia vida. Con la sencilla altivez del hombre surgido del campo profundo, con el factor tiempo dimensionado a la manera del interior del país, Julio C. Da Rosa, ganador del Gran Premio de Literatura "José E. Rodó", nos contó, en el transcurso del atardecer de un día de verano, su filosofía de vida, sus recuerdos y también su hoy.



- ¿Cómo nace el intelectual?

- Yo siempre digo que soy un tributario intelectual y artístico a mi condición de campesino. Es decir, todo lo que soy como escritor lo debo a esa condición. Nací en el fondo, fondo, del campo. Es decir en un lugar de esos en que se ven desde el ómnibus o desde el ferrocarril como hondeando, en medio de las soledades. Ahí me crié, en una de esas casas, hasta la adolescencia, porque un día tuve que ir al liceo de la Capital del Departamento.

- ¿Como eran sus días y sus noches?

- En esa época, hace ya cincuenta y tantos años —tengo 64— trasladé al fondo de este país hace esa cantidad de años, viviendo en la soledad, en el extrañamiento, en el exilio completo. Eramos ocho hermanos. Una familia campesina. Mi padre era hacendado y agricultor.

Yo me crié realizando todas las tareas de campo: alambrar, esquilvar, montar, cualquier tarea campesina. Uno se nutre de eso y de las costumbres de esa época, de la existencia esa de que no llegaba el correo sino una vez al mes, con unos diaritos de mi viejo... Sin radio, sin televisión...

Hay que decirlo porque es imposible de imaginar: un viaje a la capital del departamento —60 Kms.— llevaba un día entero a caballo o en volanta.

- A través de sus palabras se traduce una soledad imponente, una incomunicación total, un sabor a localismo y a regionalismo.

- Esas sensaciones que penetran por todos los sentidos y de los cuales uno no se olvida nunca. Mi padre, como le decía, era un campesino auténtico pero un hombre autodidacta. Salí de segundo año de la escuela rural, pero en su casa, en sus maletas, donde él estuviera, había libros...

Leía y leía permanentemente. Fué un hombre que accedió a la necesidad de la cultura. De modo que mi vida fué la escuela, la escuela rural, a una legua de distancia, en carrito tirado a caballo, conmigo y cinco gurises más.

Salíamos de mañana y volvíamos a media tarde. En la adolescencia, reclamando ya otra cultura, surgió la necesidad de trasladarse a la ciudad de Treinta y Tres, capital del departamento. No había otra alternativa.

LA VIDA EN LA CIUDAD

- ¿Vivía en la casa de algún pariente?

- Sí. Pero allí surgió el primer drama de los que desde aquel fondo de campo queríamos llegar a Montevideo, llegar a la civilización. La ida a Treinta y Tres fué el primer desarraigo, la primera pérdida del paisaje natural. A los trece años de edad me fui solo.

Mi familia quedaba, mis hermanos vendrían después, porque yo era el mayor. La primera experiencia, el corte definitivo, el dejar a todos los seres queridos y las cosas queridas, el paisaje nativo y acceder a un mundo distinto totalmente, por más que la ciudad de Treinta y Tres era casi una aldea en esa época.

El contacto con la sociedad, el mundo del liceo y los cuatro años de experiencia adolescente en esa ciudad con un sabor muy especial y muy auténtico. Ahí vivimos el mundo de las serenatas, el mundo de las retretas, el mundo de la vida liceal, de las fiestas pueblerinas, de las costumbres. Todo eso fué impregnándose. Ya al final, aquel nuevo paisaje se había adentrado en mí como cosa propia. Pero llegó cuarto año, no había preparatorios entonces y vino el segundo desarraigo.

EL SEGUNDO DESARRAIGO

- Más duro y más fuerte que el otro.

- Nos trasladamos a Montevideo con toda la familia. Un segundo desarraigo, una segunda experiencia amarga: pérdida del paisaje, pérdida de amigos, pérdida del pequeño mundo. Y aquí me educé y traté de hacer mi carrera.

Fué el inicio de una nueva vida de readaptación y, paulatinamente la echada de raíces que me retuvieron en Montevideo para siempre. No me quejo de Montevideo, al contrario...

- ¿Que carrera siguió?

- Hasta segundo año de Abogacía. Leí mucho. Completé mis conocimientos... Pero vino la necesidad de ganarse la vida. Tuve que trabajar. Al poco tiempo me casé. Enseguida vinieron los hijos. Me adapté a Montevideo pero siempre buscando aquel paisaje perdido.

La circunstancia de haber sido Diputado por mi Departamento desde el año 63 hasta el 66 me permitió volver a adueñarme del viejo paisaje. Las obligaciones del cargo me llevaban todas las semanas a ir allá, a recorrerlo a caballo y a contactarme con los amigos, con la gente, con las costumbres.

Eso me ha permitido, desde el punto de vista literario, la entrañable nostalgia el permanente contacto psicológico con aquello, y me ha permitido ser fiel a mí mismo en mi obra literaria, problemática que me propuse desde un principio.

Como Ud se imaginará, esa vida en Montevideo, los estudios universitarios, el quehacer de la oficina, desfiguran la autenticidad de una persona.

- Pero ese no es su caso...

- Cuando me propuse escribir, y sobre todo después que conocí a Morosoli —soy, me declaro, un discípulo entrañable de Juan José Morosoli— quise ser como era yo, sin perjuicio de todo lo que he adquirido en el foco civilizado.

No quería dejar de ser el canario, el paisano auténtico que era. Entonces surgió mi lucha, mi lucha en todos los tiempos. Yo llegaba a mi casa después de la Universidad o después de haber pasado ocho horas de oficina escribiendo cartitas "comme il faut", me encerraba, bajaba la cortina a todo el mundo extraño a mí ser, me sentaba en mi escritorio y me internaba noche adentro a luchar, es decir a escribir como yo quería.

No hay nada más difícil que ser fácil. No se imagina lo que fué esa batalla y lo que es hasta ahora. He hecho hasta diez borradores, tachando palabras que sabía que eran adheridas, que no servían, que no conducían, que no me expresaban.

Tengo veinte obras publicadas, más de cuarenta años de lucha. Tengo una novela que me llevó 25 años escribirla solo por darle la autenticidad que yo quería que tuviese. En resumen, es una pretensión de tradición del mundo ese donde fui niño y muchacho.

MUNDO CHICO: EL PRIMER ES LABON

- ¿Mundo Chico?

- "Mundo Chico", que integra el primer eslabón de una cadena, de una trilogía en la que van dos. La otra es "Rumbo Sur", cuyo personaje central es el mismo Osvaldo que nace allá en "Mundo Chico".

- De ese Osvaldo me gustaría hablar después.

- La trilogía se completa con una novela en proyecto todavía. Estoy un poco retraído. Hace tiempo que no escribo, pero tengo ya apuntes de "Punto Final", una novela que se desarrolla en Montevideo, con los mismos personajes, con sus trayectorias, con sus peripecias...

- Yo viví en dos provincias argentinas y creo entender la diferencia de la vida de la gente del interior con respecto al de la ciudad, la filosofía que es completamente distinta. ¿Como es la suya? ¿Me la podría explicar?



JULIO C. DA R

"Quier
termina
mi
trilogía"



OSA

o
ar

Curriculum

Nació el 9 de febrero de 1920 sobre las costas del arroyo Porongos (Treinta y Tres), siendo el mayor de ocho hijos. En 1949 se casó con Ester Saravia y tuvo con ella dos hijos: Juan Justino y Mariela. Considera que debe a su mujer y a sus hijos lo mejor de su vida y de su obra.

Publicó hasta ahora los siguientes títulos: "Más allá de las sierras" obra teatral (1949); "Cuesta arriba", cuentos (1952); "De sol a sol", cuentos, (1952); "Camino adentro", cuentos, (1952); "Juan de los desamparados", novela, (1961); "Cuentos completos", (1966); "Ratos de padre", (1968); "Civilización y Terrofobia", (1968); "Rancho amargo", (1969); "Lejano pago", (1970); "Buscabichos", (1970); "Mundo chico", novela (1975); "Tiempos de negros", (1977); "Camino", (1978); "Antología del cuento criollo uruguayo", preparada en colaboración con su hijo Juan Justino, (1979); "Rumbo sur", novela, (1980).

La totalidad de sus libros publicados ha sido premiada en los concursos anuales del Ministerio de Educación y Cultura y de la Intendencia Municipal de Montevideo. Es, además, Premio Nacional de Literatura 1977-1978.

- Yo no he podido emanciparme de mi condición de campesino. Esa condición me lleva a la concepción de puntos de vista muy particulares con respecto a la vida. Siempre digo —y mire que lo digo con el mayor de los respetos por el hombre de la ciudad— que el hombre de la ciudad, que el hombre de campo es distinto en su formación mental e incluso en su formación moral.

Tengo un ensayo, muy polémico, muy discutible, que se llama "Civilización y Terrofobia" en el que contrapongo la vida, la sensibilidad, la ética, la forma de conducirse, la sinceridad, la sencillez del hombre de campo en comparación con la del hombre de la ciudad.

Y llego a la conclusión de que el hombre de campo le va ganando, no porque en sí mismo sea distinto, sino por lo distinto en que se forma. En el campo el hombre tiene otra forma de conducirse que en la ciudad. En la ciudad se disimulan muchos defectos, muchos vicios, y se permite lo que ocurre en la vida social de la ciudad, cosa que no ocurre en el campo.

No son hombres distintos; son dos modalidades distintas. He procurado transmitir esa modalidad a mis descendientes, a mis seres más cercanos, a mis hijos.

Tanto, que siendo yo un hombre pobre, como lo era y lo soy, un día en que mis hijos tenían siete y ocho años, apretando los dientes, arrendé un campo cerca de aquí, unas doscientas cuerdas, donde por suerte tuve la dicha de llevar a mis padres a vivir.

Yo iba todos los fines de semana con los chicos a la chacra, a hacer quinta, a parar rodeo, a conducir animales, a curar, a bañar; y ellos entonces descubrieron un mundo que les hubiera estado vedado. Tuve la suerte de que nacieran uruguayos verdaderos, es decir, que tuvieran las dos caras que se pueden adquirir en este país.

EL VALOR DEL TIEMPO

- Otro tema que es muy distinto es el del valor del factor tiempo para el hombre de campo.

- Yo digo que aquello de Bergson del tiempo físico y el tiempo psicológico se aplica como nunca en este caso. Es más palpable comparando justamente esas dos caras de la vida. En el campo el tiempo casi no transcurre.

- ¿Como influyó esa sensación del transcurrir del tiempo lento en su literatura?

- En mi obra "Cuentos Completos", lea un solo cuento y va a ver la transferencia que hago allí de la noción del tiempo. El transcurrir lento de la gente, de la vida, de los quehaceres, de las costumbres...

- Pienso que también se admiten hechos naturales como la vida y la muerte con otra perspectiva en el campo que en la ciudad.

- Con otra filosofía. Ese tema está justamente tratado en el libro que se llama "Civilización y Terrofobia". El concepto de la vida y de la muerte en el campo y la ciudad es más intenso, pero más respetuoso.

Hace menos derroche de la vida, pero la goza más intensamente. Y, en cuanto a la muerte, tiene por ella un respeto que no se tiene en la ciudad. Un velorio en campaña es la cosa más profunda, sobre todo en las formas en que se manifiestan los sentimientos de los extraños con respecto a los dolientes. Es una especie de abrazo, una especie de reparación de una herida. Compárelo con un velorio en la ciudad, con la consabida rueda de cuentos verdes...

RISA CIUDADANA Y RISA CAMPESINA

- Deme otro ejemplo.

- La forma de reírse del hombre de campaña y del hombre de la ciudad. Hay desde luego un descuido de maneras, pero hay una sinceridad absoluta. Yo he visto a un hombre deshacer una silla carcajeando. Riéndose, pero riéndose con todo el cuerpo, sin reparar en quien lo mira o en quien lo deja de mirar...

- Sigamos hablando de Treinta y Tres. ¿Ud. piensa que el lector del interior busca la misma literatura que el hombre del asfalto?

- Ya se está uniformizando el gusto. La radio, la televisión han sido un fenómeno formidable desde un punto de vista. Los peones trabajan en los establecimientos rurales con la radio colgada de los piques. El tropero va con la radio colgada a los tientos. Es decir, que ese hombre allá, en el fondo solitario, está tan informado como el de acá.

- Volvamos a la pregunta.

- En mi época, ¿quién iba a leer más que a Javier de Viana y a Acevedo Díaz allá? Ahora se lee a García Márquez, a Onetti.

- ¿Qué otros autores me podría mencionar de aquellos años?

- Esa época fue el auge del resurgimiento de Serafín J. García, que es tanto por treintatrecino, cuanto por criollo, el autor del libro de cabecera de todo el mundo. La gente lo recitaba, conocía todos los versos de "Tacureses" que fue su primer libro.

Le repito, se leía a Javier de Viana, abrumadoramente a Acevedo Díaz, a Silva Valdéz, a Pedro Leandro Ipuche, a Juana de Ibarbouru, a Zabala Muñiz.

EL "VERDADERO" OSVALDO SOSA

- Antes de entrar en su literatura infantil, ¿su personaje Osvaldo Sosa, es totalmente autobiográfico?

- Totalmente. Tanto en lo espiritual, cuanto en lo sentimental. Es una autodescripción de una cantidad de experiencias. Al Osvaldo propiamente dicho hay que agregarle muchas cosas de esos otros personajes que andan por ahí, que son experiencias personales mías también.

La experiencia amorosa está muy disfrazada porque nosotros somos muy retraídos. Eramos muy cuidadosos en ese aspecto. Cuando yo escribí el libro todavía tenía mis prejuicios. La experiencia amorosa es muy dolorosa en un muchacho de campo, porque viene con esas timideces, con inhibiciones de allá.

El primer contacto amoroso viene del prostíbulo, como lo digo en el libro. La primera experiencia sexual campesina es el bestialismo. En la ciudad el prostíbulo es el mediador entre la formación y la barbarie.

- ¿Como era la actitud de la gente frente a las prostitutas?

- Los hombres las querían. Llegaba la noche y se iban para allá. Pero la discriminación social era tremenda. Las hacían andar en la calle vestidas de largo para distinguirlas de las otras mujeres. No tenían acceso a lugar ninguno.

- Otro tema que surge obviamente de sus obras es el del desarraigo.

- Para mí esa fue la herida mayor de mi vida. La realización artística literaria de mis obras ha sido una compensación, porque parecería que fuera una llaga tan honda que al contarla y transmitirla, sana pero queda una nostalgia permanente. Es el dolor de la soledad de las distancias...



LA LITERATURA INFANTIL

- ¿Que es lo que lleva a un escritor a dedicarse a escribir literatura infantil?

- A mí siempre me sedujo, pero le tenía un miedo terrible, por los malos textos de la literatura infantil que me tocaban leer, sobre todo esa tendencia a la diminutización.

Creían que en los niños todo tiene que ser chiquito. Pero nunca me atreví hasta que un día Raviolo, de Banda Oriental, me dijo: '¿No se animaría a escribir un conjunto de cuentos para niños?' Y así nació "Buscabichos".

- ¿Como es su hoy?

- Estoy un poco retraído. Ultimamente no escribo mucho. Ha habido una retracción, no se si de la actividad editorial en general o de nuestro estilo. Se nos está tratando de retrazados, de pasados de moda. El concepto tan particular de la literatura universal versus la literatura regionalista. ¿Morirá el Quijote por eso o Rómulo Gallegos?

- Ese puede ser un proceso psicológico de quietud. De repente aparece el detonante y se vuelven a abrir las compuertas de la creatividad, que en Ud. está obviamente latente.

- Esa es mi esperanza porque tengo muchas ganas de terminar mi trilogía.

Mecha Gattas